

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

20 Ideología del golpe de 1955



ALGO SOBRE EL PARO AGRARIO DE ESTOS DÍAS

Siempre suelo citar una frase de Borges, que también cita Abelardo Castillo y será porque es magnífica, que dice: “A la realidad le gustan las simetrías”. Teníamos que entrar en la trama histórica desatada por los hechos de septiembre de 1955 y nos sorprende esta trama actual, la de estos días, con chacareros, medianos y, sobre todo, grandes productores agropecuarios al frente de algo que llaman lockout y que ha sido habitualmente el prefacio de un golpe de Estado. La relación del campo con el peronismo es una relación de abierto antagonismo, de insalvable odio de clase. La oligarquía de los campos y las mieses contra un gobierno que busca restarle recursos para favorecer (claramente en el caso del primer peronismo) a los sectores de menos ingresos. (Nota: Dejo de lado el tema de “los pequeños productores”, los que tienen “sólo veinte vacas”. Pero se me ocurre: los que tienen que diferenciarse de los grandes, si realmente son distintos de ellos, son ante todo ellos mismos. Es una tarea de cualquier gobierno hacer esa diferencia. Pero si los pequeños productores se me vienen encima con su tractorcito junto a los tanques Sherman de los grandes, pues para mí son lo mismo, señores. Y uno sabe cómo es la situación de lo que, en la Argentina, suele “estar en el medio”: tienen terror de bajar y enorme ambición de subir. Son capitalistas, tan capitalistas como los grandes productores. Ergo, quieren trepar en la escala del dinero y el poder. Se atan al tren de los poderosos. Que se espanten las telarañas entonces los que cacarean con la diferenciación “de los pequeños productores”. Si marchan junto a los grandes son tan (oli)garcas como éstos. No es desde afuera que tiene que producirse la diferenciación. Es desde adentro. ¿Que hay que captarlo? ¿Alguien cree que se los puede captar? Sólo el dinero, que es poder, capta a los productores. Alguien (muy preocupado, no un peronista, ¡ni por asomo!, sino un viejo militante del Partido Comunista, un gran personaje del teatro argentino, no sé si te gustará que te nombre Manuel Iedbavni, pero ya lo hice) me dijo: “Me dijeron que a este gobierno no lo van a poder tumbar porque tiene 50.000 millones de dólares en reservas”. Y sí, ahora se entiende ese afán acumulativo de este gobierno. Está muy solo. Buscan jaquearlo ahora haciendo punta con “el campo”. Si cede, los medios —que son su principal y más eficaz enemigo— arrearán y en poco tiempo tendremos una coalición encabezada por Duhalde, con Macri y vaya a saber qué exitoso empresario de la Sociedad Rural y que nadie empiece a llorar porque se cierran los Talleres de Teatro. Bien, aquí no puedo desarrollar más esto). Si menciono al primer peronismo es porque, a partir de la estructura del IAPI, llevó adelante una transferencia de ganancias del agro a la industria que le permitió fortalecer su poder político y llevar a cabo una redistribución de la renta que, hemos visto, trepó a su más alto índice histórico. Con ese antecedente, el agro está contra el peronismo. Salvo durante el largo mandato de Carlos Menem, en que la oligarquía y los grupos financieros y especuladores tuvieron un jolgorio de fáciles superganancias que los condujo no sólo a aceptar y apoyar al peronismo, sino a deglutirse la poco aristocrática figura de un hombre como Carlos Menem, más ligado a la farándula en su expresión Sofovich, que al *esprit de finesse* de la oligarquía, que se guardó, en algún lugar a la mano para resucitarlo no bien hiciera falta, ese *esprit*, y toleró de muy buen grado los desplantes del nuevo rico, del provinciano, del muñeco deportista, descendiente de árabes, condición detestada por Sarmiento, quien, en el *Facundo*, los asemeja a lo peor de los gauchos improductivos de las pampas o a las montoneras gauchas a las que asimila a beduinos de Argel. Ese presidente, Carlos Menem, era el perfecto ejemplar que Cané describía entrando en los salones de la oligarquía “tropezando con los muebles”. Menem debe haber tropezado con todos los muebles, no sólo con algunos, pero los oligarcas deben haber levantado esos muebles y le habrán pedido perdón por la torpeza de haberlos colocado en su camino, porque así son de hipócritas (y lo han demostrado) si se encuentran con “un gronchito”, “un negrito del interior”, “un peronacho”, que les hace ganar fortunas. Por primera vez sus sueños se veían realizados sin necesidad de apelar al golpe de Estado. Aunque un golpe habían hecho. *Menem es el resultado del golpe de mercado que las clases propietarias le hacen a Alfonsín*. De esta forma, viene para aceptar lo que le digan. Total, el célebre pícaro sólo quería gobernar para hacer la gran fiesta que hizo, esa fiesta que enriqueció desquiciadamente a él, a los suyos, a los propietarios y a todo el aparato del justicialismo que jubilosamente lo acompañó, le aprobó las privatizaciones y todas las restantes medidas de desnacionalización y venta de la soberanía que puso en práctica.

Tengo cierto apuro (a raíz de los días agitados que corre el país) en tratar la Revolución Libertadora. Ustedes se encargarán de trazar las semejanzas. O, al menos, trataremos de dibujar el rostro de la eterna clase golpista de la Argentina, la que no faltó a ninguno, la que los promovió o los respaldó. Los buenos hombres del campo, esos tipos orondos, corpulentos, que usan alpargatas caras y finas, que suelen tomar mate con sus peones para mostrarles que son uno más de ellos, que son patronos gauchos y

que aman sus mismas costumbres. Suelen acercarse a compartir un costillar. Y, generosos, les tiran unos pesos de más para tenerlos contentos. En la tierra del oligarca, gauchos y patronos suelen confundirse. Los oligarcas se definen, orgullosos, como “hombres de campo”. Durante estos días, han sido directamente “el campo”. Fabio Cáceres, el protagonista, junto con *Don Segundo*, de la excelente novela de Güiraldes, se transforma en estanciero y potentado. Lo asedia el temor de dejar de ser gaucho. Don Segundo lo tranquiliza: “Si sos gaucho endeveras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina’e tropilla” (J. P. F., *Filosofía y nación*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 183). También, en *Don Segundo*, aparece ese patrón que hoy se ha visto en los paros campestres. Tipo generoso con los suyos: “El patrón era joven y aunque medio mandón pa’ el trabajo, es servicial cuando quiere (...). Sabe abrir la mano grande y es fácil que se les resfalen unos patacones” (J. P. F., *Ibid.*, p. 183). Algo así habrá dicho, seguramente, en algunos de sus avatares el venerable Tío Tom.

LA DESPERONIZACIÓN

Por decirlo con cierto aire posestructuralista, derrideano, si de algo podemos estar seguros es que la Revolución Libertadora vino a deconstruir el peronismo. Sin embargo, esta deconstrucción remitía más fuertemente a los orígenes de la palabra en Heidegger: *Destruktion*. Heidegger dice —cómo no habría de decirlo— que *Destruktion* no significa llanamente *destruir*. De acuerdo. Pero si los de la Libertadora leyeron a Heidegger lo entendieron mal: ellos, al peronismo, vinieron a destruirlo. El prefijo *des* puede ser tomado como la bandera esencial de los libertadores. María Moliner dice: “Su sentido fundamental es el de inversión del significado de la palabra primitiva”. Y ejemplifica con: des-hacer, des-andar. Los hombres de septiembre partieron de una palabra primigenia: *peronismo*. Y se propusieron invertir el significado de esa palabra. Hacer todo para que en el país esa palabra encontrara en todas partes su antagonismo o lo que no remitiera en absoluto a ella. Las dos cosas eran esenciales y marcaban el rumbo de esa revolución.

Voy a decirlo claro: voy a escribir Revolución Libertadora tal como ese movimiento de sedición se presentó. Ya se ha usado todo lo demás. Podría escribirlo con minúsculas. Podría escribirlo con comillas. Podría escribir “la llamada revolución... etc.” Y hasta podría escribir “la fusiladora”. No, escribiré Revolución Libertadora o la Libertadora. Yo no estoy de acuerdo con el fraude electoral y a los partidos conservadores de los treinta los llamo Concordancia. Escribo Revolución del 6 de septiembre. O golpe de Estado. Escribo unitarios, escribo federales. Y hasta a veces escribo Proceso. O el Proceso. Se supone que es “el autoproclamado” o “el llamado”. Aclarado el punto.

Seguimos. Los de la Libertadora se pusieron una meta: desperonizar a la Argentina. El país se llenó de metas semejantes. Eran tantas que admitían algo que no debieron admitir: la Argentina era peronista. ¿Por qué no, dirían? Perón había *peronizado* la Argentina. Lo había hecho por medio de su sistema demagógico-autoritario. Los obreros, por él, eran peronistas. La economía, por medio del intervencionismo estatal, era peronista. La cultura, por medio de la manipulación del movimiento, era peronista. Y así, *todo*. Se trataba de empezar de nuevo. Se trataba de desperonizar el país. Para la derecha, la cosa se basaba en la reconquista de las instituciones democráticas. Había que desperonizar a los peronistas para incluirlos en el sistema democrático de un modo racional. Este planteo lo hacía Gino Germani, a quien veo que todavía se toma en serio. Germani decía que el peronismo había integrado a los migrantes a la estructura política con una metodología *irracional*. Se trataba de educar a esas masas e incorporarlas a la vida democrática con una metodología racional. La izquierda, desde el PC a los intelectuales que desde *Contorno* irían girando hacia el frondicismo, se proponía la desperonización de la clase obrera. Lo cual era sencillo. Si uno toma los ejemplos que hemos dado puede trazar ese proyecto:

Primero) La clase obrera peronista no tenía experiencia política. El peronismo, aprovechándose de ese estado virginal, le había dado una; la suya, la peronista. Se trataba ahora de darle otra, la socialista.

Segundo) La clase obrera no había aprendido a luchar por sus conquistas sino a recibirlas del Estado. No tenía un partido propio ni una organización sindical propia. Era *heterónoma*. ¿Cómo entregarle o cómo luchar por conseguir que la clase obrera tuviera una identidad y una organización autónomas? Des-peronizándola.

Tercero) La clase obrera era conducida por líderes carismáticos (Perón, Evita) y no tenía a sus propios representantes, por causa también de la burocracia peronista. Debía establecerse una democratización sindical. ¿Cómo? Des-peronizando a la clase obrera.

Cuarto) La clase obrera —a causa de recibir todos sus beneficios de manos del Estado Peronista— había perdido toda su combatividad. Era pasiva. Había que devolverle esa combatividad. Los obreros debían empezar a pelear por sus propios objetivos, desligándose de la burguesía a la cual el peronismo la había atado. ¿Cómo se lograba esto? Des-peronizando a la clase obrera. Que, en este caso, significaba:

Quinto) Había que llevar a la clase obrera a la certidumbre de

que sus metas no podían alcanzarse bajo la hegemonía ni del Estado capitalista ni del capitalismo. Que su verdadera liberación dependía de su lucha contra el sistema que la explotaba. Que el peronismo había obliterado esa explotación de clase por medio de su capacidad conciliadora. El Estado peronista, al ser un Estado distributivo, condujo engañosamente al proletariado argentino a la certidumbre de que sus metas podían conseguirse bajo el sistema capitalista. Ese había sido el mayor perjuicio que había causado a la clase que decía representar. No la representaba: representaba al capitalismo, al sistema de producción que Marx había condenado, y había, para daño casi irreparable de su formación combativa, integrado al proletariado al proyecto burgués-capitalista. Se trataba, también aquí, de des-peronizar la clase obrera.

Sexto) Era una tarea de educación. Pero —en los pocos y mejores cuadros de la izquierda, pienso siempre en un Milcíades o en los más brillantes y políticamente talentosos hombres de *Contorno*— esa tarea no era similar a la que la oligarquía con sus libros de *Educación democrática* (materia impuesta en los colegios tan compulsivamente como *La razón de mi vida*, sólo que se asumía como su antítesis democrática) impulsaba. Es decir, educar a las masas para incorporarlas al nuevo proyecto burgués, basado ahora en la oligarquía. La izquierda más lúcida, si pensaba en alguna pedagogía de masas, lo hacía para llevar al proletariado peronista al encuentro con su verdadera ideología: el marxismo, el socialismo revolucionario. Lamentablemente esto implicaba acercarse a los obreros, no como antiperonistas, no como compañeros de ruta del Carnaval Gorila, sino como revolucionarios que, comprendiendo la etapa peronista, comprendiendo sus avances pero señalando las limitaciones que habían determinado su fracaso, querían ir más allá. Esto implicaba —con gran valentía, lucidez y capacidad de hacerse entender— llegar a la demostración más extrema, la que más le habría costado aceptar a un obrero peronista: que su líder había huido porque no quería —con un enfrentamiento duro y frontal— deteriorar al sistema que representaba. Era, insisto, lo más difícil y doloroso para un obrero peronista: aceptar que Perón, al ser, en última instancia, un representante del capitalismo, de la burguesía, no quiso dar la lucha final porque sabía que el que corría el riesgo de ser vencido, al armar a los obreros, no era él o solamente él, sino el sistema en el que creía y dentro del cual se había acostumbrado a conducir a los capitalistas y satisfacer a los obreros: *el capitalismo distributivo*. Antes de poner en riesgo el fundamento de todo capitalismo, aun del distributivo, es decir, los medios de producción, el respeto a la propiedad privada, la pasividad de las masas y la fuerza de las armas sólo en manos de esa fundamental institución del Estado burgués que es el Ejército, Perón había preferido borrarse de la lucha. Huir para salvar al capitalismo argentino.

LOS LIBERTADORES Y SU FE CATÓLICA

No creo que este último punto estuviera muy claro en la izquierda de entonces. No había tantos que pensaran con la lucidez de un Milcíades o con la claridad con que hoy uno puede enunciarlo luego de las décadas que han pasado y del conocimiento de las acciones del *Tercer Perón* que retornan sobre el primero permitiendo una mayor inteligibilidad sobre él. No había una izquierda que tuviera la lucidez de todo el programa que acabo de explicitar. Y es muy sencillo entender por qué no la hubo y es inevitable lamentar que no la hubiera: la izquierda (sobre todo el Partido Comunista, pero *todos* en general) se sumó al Gran Carnaval Oligárquico. Se sumó a la desperonización del país. Acompañó a las “masas” que salieron a la calle a vivir a Lonardi y a Rojas y a los revolucionarios antiperonistas no bien éstos anunciaron que saldrían al balcón de la Rosada. *Hacia ahí fueron todos*. Yo tenía doce años. Un chico de doce años en 1955 no era lo que hoy es. Era un niño aún. Sobre todo si se había criado en Belgrano R. La pobreza lleva más rápido hacia adelante, hacia los años, porque la pobreza hace crecer, obliga a crecer de golpe, y a golpes, la pobreza se roba la niñez y sobre todo la adolescencia que, según todos célebremente sabemos, es un lujo burgués. Pero desde mis doce años de Belgrano R recuerdo la fiesta “popular”. Recuerdo el clima de alegría, de “alivio”, de festividad, de “patria recobrada”, de “democracia” retornante que cundía por el país. A mí me sorprendía: no sabía que era tanto lo que la Argentina se había sacado de encima. Luego, asombrado, vi una caricatura del dibujante del diario socialista *La Vanguardia*, Tristán, al que todos recordarán, sus caricaturas antiperonistas fueron célebres, desde la época de Braden se venía burlando de Perón y dibujándolo con rasgos, por decirlo con mesura, horripilantes. Tristán había dibujado a un hombre que abría enormemente su boca y vomitaba. Debajo del dibujo se leía: *La gran náusea*. No había puesto *vómito*, por la época supongo. Esa castidad de los cincuenta. Pero era eso: *El gran vómito*. El vómito era *grande* porque era la Argentina que vomitaba al peronismo. Había de todo en ese vómito: picanas eléctricas, joyas, manoplas, pieles carísimas, revólveres, etc. Lo que más recuerdo eran los elementos de tortura. Sobre esto, sobre la tortura, regresaremos. Ahora quiero mencionar la Gran Fiesta. La lideraba la oligarquía católica, la alta clase media católica, la clase media de profesionales, empleados y empleados del aparato del Estado católicos. Eran todos católicos. Aun cuando

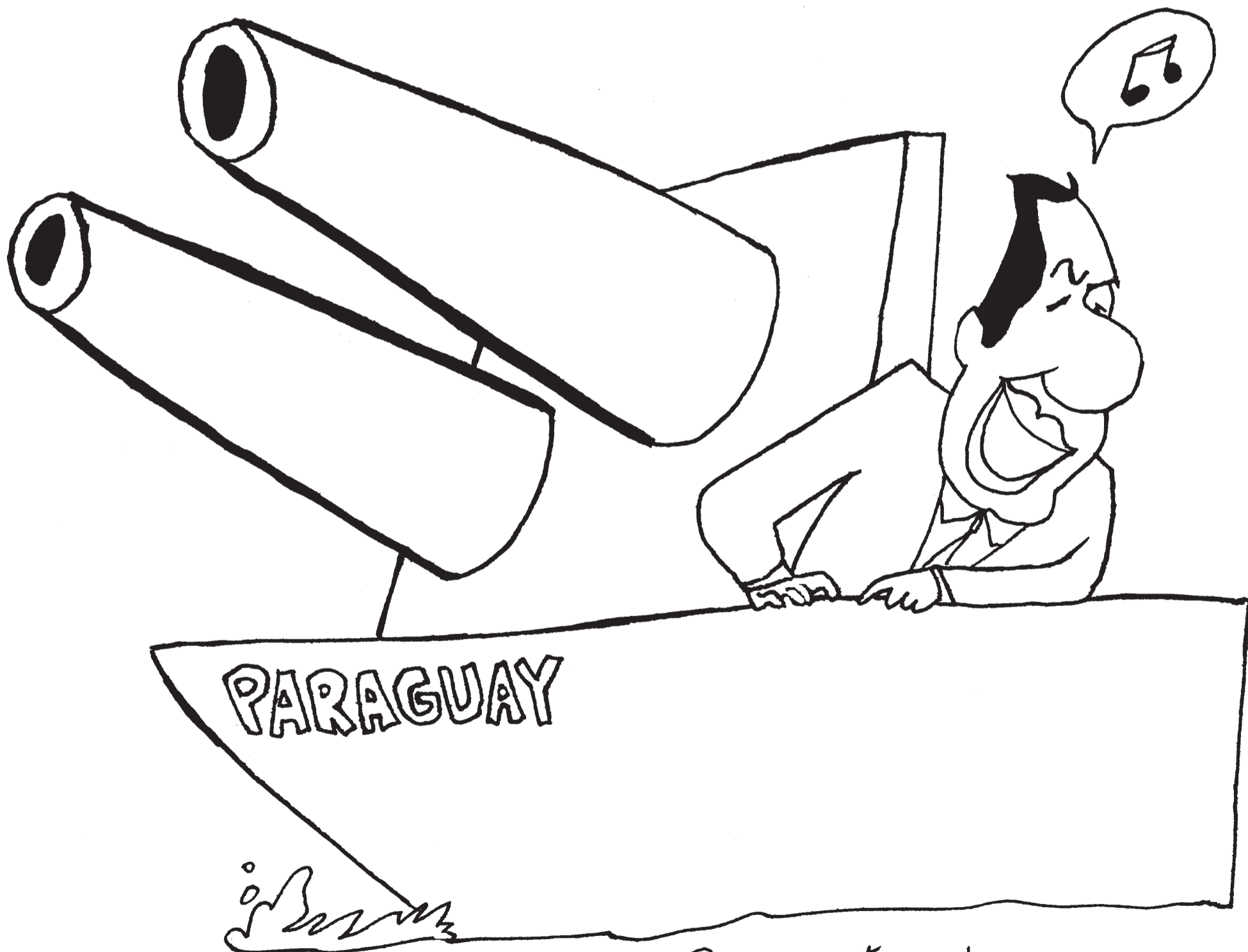
se insista en que había otras fuerzas, otros partidos, otros hombres, la Revolución del '55 fue hegemonizada por el catolicismo. Fue una revolución que surgió de un enfrentamiento muy duro con la Iglesia, enfrentamiento que no se resolvió y llevó a un golpe de Estado. Todos los protagonistas dieron ese golpe en nombre de Dios, del Dios de la Iglesia argentina cruelmente agredido por el "tirano" y por sus "huestes". En algún momento analizaremos narrativas ejemplares de este momento. Digamos: el cuento "La noche de la alianza" de Félix Luna. A esta altura de la historia la revolución del '55 —y perdón si exagero— es similar al menemismo: fue tan torpe todo, tan clasista, tan católico, tan agresivo con los pobres, y fue, sobre todo, tan lamentable lo que siguió que quienes actuaron y dieron sus entusiastas testimonios durante esos días quedaron poderosamente eschachados. ¿Cuándo suceden estas cosas? Cuando se juzga que los procesos históricos son definitivos. El 23 de septiembre de 1955 la ciudad de Buenos Aires recibió al general Lonardi, que venía de Córdoba, como a un nuevo y más glorioso general San Martín. Pese a que Félix Luna se empeña en marcar que el movimiento insurgente no era tan marcadamente católico, lo era su conducción. Por supuesto que no todos los que adherían eran católicos. ¡Si adherieron todos menos los pobres, todos menos los obreros peronistas, la negritud de la periferia! Arturo Frondizi, el presidente del radicalismo, no era ni nunca fue, que yo sepa, un cuadro militante del catolicismo, y adhirió, como adhirió los socialistas, los jóvenes de las universidades, ni hablar los de los colegios católicos o las universidades católicas. El santo y seña de la revolución fue: *Dios es justo*. La "Marcha de la libertad" se grabó en el sótano de la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro. Córdoba, ciudad católica e hispánica si las hubo (Sarmiento en *Facundo*: "Córdoba es un claustro encerrado entre barrancas"), fue el centro del movimiento. Y célebre fue su radio rebelde: *La Voz de la Libertad*. (Véase: Horacio Verbitsky, *Cristo Vence*, Sudamericana, Tomo I, Buenos Aires, 2007, Tercera Parte: *Dios es justo*). Videla Balaguer era un católico implacable. La radio cordobesa que conducía y que bajaba la línea de los días de la revolución decía: "No en vano en los pechos de soldados y civiles, en las alas de los aviones, en las baterías de artillería, se vio lucir un nuevo lábaro, una cruz y una V = Cristo Vence" (Verbitsky, *Ibid.*, p. 338). Copello lo espera a Lonardi en la Casa de Gobierno y luego le pone la banda presidencial. En el movi-

miento están también Angelelli y De Nevaes. Tres meses después, otro cura, Miguel Ramondetti, y otros "que habían participado con entusiasmo en la procesión de Corpus Christi" recorren la ciudad y advierten que la Av. Rivadavia es el límite entre dos países: "En la zona norte todo es algarabía. En el sur la gente llora. ¿Para esto trabajamos nosotros?", se preguntó Ramondetti. A conclusiones similares llegarían luego Angelelli y De Nevaes... (Verbitsky, *Ibid.*, p. 340). Cuando un diario chileno le pide a Lonardi que se defina, el general responde: "Soy católico" (Verbitsky, *Ibid.*, p. 340). El periodista habría esperado otra cosa. Pero hay respuestas así: sorprendentes. En *Casablanca*, un jerarca nazi, sentado a la mesa del *Rick's Caffè Americain* junto al mismísimo Rick Blaine, le pide que se defina políticamente. Rick Blaine (Bogart) lo mira impasible y dice: "Soy un borracho". Pero durante los días de la Libertadora decir: "Soy un católico" era decirlo todo. Era decir: soy un hombre de bien, un hombre decente, enemigo de ese tirano que agredió a nuestra Iglesia y, en ese agravio, agravió a nuestro Dios, soy un hombre que, en nombre de ese Dios, arriesga su vida por la libertad, por la moral de la República, por la educación y por sus ilustres tradiciones. Pese al clima de claustro que destiló el golpe contra Perón, la bulliciosa alegría de la oligarquía, de las clases altas, de las señoras "bien", del grupo Sur, de la señora Ocampo, y pese a la tristeza de los pobres, de las sirvientas de las casas que no escondían su tristeza y hasta, si se atrevían, lloraban abiertamente, a nadie le pareció no pertinente ir el 23 de septiembre a transformar la Plaza de Mayo en otra Plaza, la Plaza de la gente culta, de la gente bien, de la libertad, de la educación, de la caída de la tiranía, de los felices tiempos por venir. Con mis doce años escuché todo el Carnaval Católico-Democrático por radio. Y luego, al día siguiente, los diarios. Había tipos que se presentaron con motonetas y llevaban carteles colgados al cuello que decían: "Me la compré yo". Y todos reían felices. Había empleados. Estaba toda, pero toda, la clase media argentina.

EL ARGENTINO QUE MIRÓ HACIA LA COCINA

Estaban todos los partidos políticos. Sólo un argentino desvió su generosa mirada hacia la cocina. Acaso, luego de intentarlo por tantos medios, el empeñoso Ernesto Sabato logre su inmortalidad por este gesto insólito, único, en ese momento de

exaltación del país oligárquico, católico, radical, socialista y clasemediero de ese día de septiembre de 1955: "Aquella noche de septiembre de 1955 (escribe), mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos (la escena transcurre en la ciudad de Salta, lugar en que reside una oligarquía poderosa, J.P.F.) ruidosamente en la sala la caída del tirano (sic), en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en este momento se me apareció en su forma más conmovedora. Pues, ¿qué más nítida caracterización del drama de nuestra patria que aquella doble escena casi ejemplar? Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos. Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizadas en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta" (ver: Joseph A. Page, *Perón*, Segunda Parte, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 84. Volveremos sobre el texto de Sabato que es *El otro rostro del peronismo*. Aún no lo conseguí. Pero sé que mis colaboradores ya lo tienen. La bibliografía de la Revolución Libertadora no tiene desperdicio. Es un momento en que se concentra acaso más que nunca la totalidad de la derecha argentina y el fervor con que gran parte del pueblo, sobre todo sus clases medias, lo festeja. Nadie salió a festejar el golpe de Videla. Había demasiado miedo. Ni tampoco el de Onganía. ¡Pero el de los católicos del lonardismo fue un solo grito alborozado! ¡Volvían los días felices! La patria "de nuestros padres y abuelos". Que era, de pronto, la de todos.) Ahí estaban, la mirada del "escritor sensible" las había descubierto: *dos indias*. Estaban en la antecocina y lloraban. Sabato sabe también —lo descubre ahí— que son "millones" los "desposeídos" y los "trabajadores" que derraman lágrimas en ese momento. Mas no tiene dudas: la revolución debió hacerse porque Perón era un "tirano". Esto le revela la "trágica dualidad" del país, en la que tanto ha meditado "durante todos aquellos años". Sabato siempre ha tenido o ha querido ofrecer la imagen de una sensibilidad tramada por la tragedia. Sin duda leyó el libro de Leon Chestov, célebre durante sus años tempranos, *La filosofía de tragedia*. Pero se le podría decir que esa "trágica dualidad" no es tal. Que lo que él vio esa noche fue, sencillamente, la lucha de clases. Que lo que festejaban sus



... Cuando yo te vuelva a ver...

amigos era el triunfo de una clase sobre otra. Que él, Sabato, llamó correctamente “desposeídos” a los “trabajadores”. Porque, en efecto, lo que caracteriza al trabajador es eso: es un desposeído. ¿De qué está desposeído el desposeído? El desposeído desposee de capital. El poseedor lo tiene. El desposeído sólo tiene una posesión: su fuerza de trabajo. El poseedor se la compra y lo pone a trabajar para él. Esta “dualidad” puede ser calificada de trágica, pero Marx evitó hacerlo así. A esa “dualidad trágica” la llamó, con mayor precisión “lucha de clases”. Que es la que se da entre los poseedores y los desposeídos.

1955: LA LUCHA DE CLASES AL DESNUDO

Lo que había ocurrido en la Argentina en septiembre de 1955 era un hecho de clase. Era la resolución de una situación de clase. Los desposeídos, que se sentían protegidos por un Estado que los nucleaba a través de sindicatos creados para ellos, que habían recibido notables mejoras de ese Estado y sabían, por los relatos de sus padres, que los Estados anteriores los habían explotado y estafado, sentían que habían perdido a ese Estado que los cuidaba, que estaba del lado de ellos, a ese político que les hablaba y los hacía sentir, sin duda alguna (*porque esto es indudable*), no sometidos a la arbitrariedad patronal, no carentes de derechos, no material descartable, sino argentinos de primera, tuvieran la piel que tuviesen, y, sobre todo, si la tenían tirando a oscura, ellos eran, bajo el Estado peronista, ciudadanos argentinos y no negros de mierda, ni maltratados peones, ni siquiera peones que debían tolerar la generosidad del patrón, porque no necesitaban ya a los patrones buenos que habían pintado Hernández y Güiraldes, sino que tenían un gran patrón, El Estado Nacional, que los trataba bien, no sólo igual que a los otros, los oligarcas, sino mejor, todo eso, los desposeídos, esa noche de septiembre veintitrés de 1955, sabían que acababan de perderlo y que se les venían encima años duros, de injurias, de revanchas, de pérdida de derechos. Los otros, en cambio, la oligarquía, los cultos (a los que el régimen peronista, todos lo saben, no había sabido tratar, aunque habría que ver qué hubiera ocurrido si se les acercaba, qué hubiera ocurrido si Perón les tendía una mano a Martínez Estrada o a Borges o a Bioy o a Victoria o a Sabato), los radicales, la clase media, los socialistas, los comunistas, la parte “racional” de la sociedad, la parte “democrática”, los que estaban con la “libertad”, festejaban. Pero ésta no era “una trágica dualidad” que incomprensiblemente escindía al pueblo argentino. Así se habla cuando no se quiere hablar claro. O cuando no se sabe un pito de algunas cuestiones. El '55 fue la expresión desnuda de la lucha de clases en la Argentina. Los poseedores asaltaron un Estado que protegía a los desposeídos. Así lo sintieron los desposeídos de entonces. Y si algún sabio de la Revolución hubiera ido a decirles que lloraban a un gobierno que no representaba sus verdaderos intereses históricos, no habría salido del barrio tal como entró. Sólo algo más deteriorado. Y si hubiera insistido en decirles que lloraban a un demagogo, a un dictador, le habrían explicado que *eso* lo tenían muy claro. *Que Perón era un demagogo con ellos (porque les daba cosas, les hablaba lindo, y hasta les ofrecía vacaciones y abogados que los defendieran de los patrones) y que, para conseguirles todo eso, tenía que ser un dictador con los oligarcas, porque si no, no hay modo.*

Descabezado Lonardi, quien dura muy poco, asume el ultraliberal y ferviente gorila Eugenio Aramburu. Así, la revolución del '55 sigue el derrotero de los cuartelazos en la Argentina. Los dan los nacionalistas y los copan los liberales. Luego de Uriburu viene Justo. Luego de Lonardi, Aramburu. Luego de Pedro Pablo Ramírez viene Rawson, pero ahí se produjo otra cosa: Perón, y el movimiento obrero que ya lo respaldaba, frenan el golpe liberal el 17 de octubre. En enero del '76 el peligrosísimo y ultranacionalista brigadier Capellini se levanta en armas, pero los liberales, con Videla a la cabeza, lo frenan: todavía no, brigadier. Lo de Capellini les servirá luego a los militantes del Partido Comunista para amenazar con su presencia: apoyemos a Videla, porque detrás de él se viene el golpe de Capellini, el golpe de los nacionalistas, que será más cruento. ¡Más cruento que

Videla! Recuerdo a un buen tipo que creía en estos artilugios ideológicos para apoyar a Videla y proponer el pacto cívico-militar: “Cuidado, José, no se equivoque. Videla es la línea blanda, la línea liberal. Los nacionalistas, los Vilas, los Saint-Jean, los Capellini, son la línea nacionalistas. Son más asesinos”. “Pero, Gerardo (así se llamaba, lo juro), son lo mismo.” “No son lo mismo. Hay diferencias. Tenués, de acuerdo. Pero, José, es por esas diferencias que todavía estamos vivos.” Como argumentación era fuerte.

LEGITIMIDAD E ILEGITIMIDAD DE LA VIOLENCIA

El caso es que se viene el liberalismo con todo. Y procede a desmantelar todo el aparato estatal peronista. ¿Saben algo? *Igual que ahora*. Todo lo que están haciendo los gorilas de hoy, con el lumpenaje de las radios, el ímpetu golpista de *La Nación* y la pluma incisiva del fiscal del Gobierno (que tendrá su lugar en la Historia, que lo busca con pasión, por estas notas desestabilizantes) Joaquín Morales Solá, junto a dinosaurios como Grondona, o aventureros como los que se han metido en las páginas del diario de los ganaderos, del campo, de los consorcios internacionales y de los intereses de Estados Unidos para la región, de los panfletos como *Perfil* lleno de conversos como Sarlo, Sebrelí y hasta el educado y amable Kovadloff es atacar a un Gobierno que osa retener las superganancias del campo y que cometió el error garrafal de no distinguir entre pequeños y grandes propietarios y no retenerles a éstos o retenerles menos, y esa clase media rubia, elegante, que sale a cacerolear, mientras apuesta a la división del peronismo y a que Duhalde derrote a este gobierno que jode una y otra vez con los derechos humanos, gobierno al que califican de montonero, revanchista y subversivo, al que odian con un odio que traspasa límites que uno no se explica y que se acrecienta con los abrazos impolíticos de Cristina a Hebe de Bonafini, busca lo mismo.

Nota: Hebe ha cometido errores serios como elogiar a la ETA o alegrarse con lo de las Torres Gemelas o viajar a Irán o andar con ese freak de Schoklender. Hebe, nosotros los respetamos. Y todos los desaparecidos merecen nuestro apoyo y nuestro dolor, pero los mocos que se mandaron son inaceptables. Son mis compañeros y merecen mi piedad y hasta mi amor porque no debieron morir así. Pero ojo: su lucha fue la mía hasta cierto momento. Y no estoy diciendo esto *ahora*. Yo ya pensaba y discutía esto en los setenta. Hebe, si usted quiere compartir los ideales de los que mataron a Rucci a dos días de que Perón asumiera con más del 60 por ciento, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte los ideales de los que asaltaron la Guarnición de Azul permitiéndole a Perón, calzándose su uniforme de milico, de teniente general, descabezar a Bidgain, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte la voladura del microcine de la policía, que fue una masacre que dolorosamente contribuyó a planear Rodolfo Walsh, yo, que admiro a Walsh como no admiro a ningún otro escritor argentino, perdonemé, pero no. Si usted cree en los que asaltaron la guarnición de Monte Chingolo, jactándose Santucho (que luego, pero tarde, se arrepintió) de ser la “operación miliciana más importante desde el Moncada”, perdonemé, pero yo no. Ni ahora ni en esa época. Discutimos con ardor. No con los conductores, porque eran inhallables, sino con los militantes de superficie. *La violencia se legitima hasta la llegada de Cámpora al poder, porque es la violencia que el pueblo debe (debe) ejercer contra un régimen dictatorial. El pueblo tiene el derecho constitucional de alzarse contra la tiranía. Y Aramburu había sido el artífice, el disparador de la tiranía, el que dormía cuando Valle le manda su carta.* Yo odio la violencia. Sólo trato de entenderla. Soy incapaz de matar a nadie. Ni nunca tuve un arma en mis manos. Pero los gobiernos torpemente dictatoriales que prohibieron neurótica, paranoicamente, al peronismo, los que no dejaron retornar a Perón en 1964, recogieron los vientos que sembraron. Recogieron la nacionalización del estudiantado, el surgimiento de las guerrillas, el Cordobazo. Ahí, la guerrilla podía argumentar que no había modo de arrancarles a los militares el regreso de Perón que todo el pueblo, todos los desposeídos, todos los que amaron ese gobierno popular

deseaban. Fue lamentable, pero *esa obstinación, ese odio militar, oligárquico, eclesiástico y de las clases altas arrojaron a las armas a una juventud que no lo habría hecho de haber regresado Perón en 1964. Lo impidió Illia, presionado, sin duda, por todo el establishment argentino, que no quería otra vez a la negrada en el poder.* El odio de clase en la Argentina es un odio racista. Civilización y barbarie. Educados contra negros brutos. Durante esos años escuché a muchos estudiantes (*sobre todo de abogacía*) pedir el voto calificado. Esta situación produce la muerte de Aramburu, ¿es una venganza o es un arreglo de cuentas con uno de los símbolos más poderosos de la Argentina intransigente, gorila, que impediría hasta morir el regreso de Perón? Además, ¿quién lo mató? Aramburu buscaba ser el líder de una salida negociada. ¿En serio quería eso? Si lo quería, desvariaba. Él, justamente, sobre quien pesaba la Carta del General Valle, que tiene el tono acusatorio, catilinario de la de Walsh, ¿prenda de paz? La guerrilla, en la Argentina, se valida por 18 años de proscripciones, de represión, de marchas militares, de Onganía entrando en carroza a la Sociedad Rural, de las Universidades avasalladas, del catolicismo cursillista del general del labio leporino, ¿de la consagración del país a la Virgen de Luján!, de elecciones prohibitivas para el peronismo, ¿de la elección como Presidente de la República del general Levingston, un torpe con cara de perro, que venía de Estados Unidos, y a quien conocimos por televisión!, de la abominación del líder al que el pueblo reclamaba, por la masacre de José León Suárez, por el asesinato de Felipe Vallese, por las detenciones de Ongaro, por las prohibiciones de las películas que queríamos ver, ¿qué éramos, idiotas?, ¿niños de la Acción Católica?, prohibieron una película metafísica, ontológica, desesperada, trágica, por una escena en que el protagonista tenía un tristísimo coito anal con su amante, una película inmensa de Bernardo Bertolucci con una actuación memorable de Brando, ¿y por qué no podíamos ver eso?, porque se formaban Comisiones de Calificación de Películas integradas por viejas de la oligarquía, frías, idiotas, chupacurios, por abogados cursillistas, por tipos de Dios, Familia y Propiedad, por reprimidos, por neuróticos que si veían una teta veían al Maligno, estábamos hartos, no dábamos más, y apareció la guerrilla, y todos la recibieron bien, y nadie lloró demasiado la muerte de Aramburu, y, para colmo, Onganía declara la pena de muerte, que lee un locutor odiado por todos, cuyo nombre olvidé, y aparecen los curas del Tercer Mundo, y el Ejército, que es el que gobierna, se desgasta cada vez más, y Perón les dice: sigan dándole duro, muchachos, y los militares no aflojan. Bien, hasta ahí, agredidos, silenciados, proscritos, la guerrilla, como parte de la furia y la negación de todo un pueblo por dictaduras oligárquicas, militares y católicas, *como parte de ese pueblo, insisto, no como vanguardia*, se podía legitimar. El 11 de marzo gana Cámpora y se acabó la violencia. Todo lo demás, no. Ya llegaremos a estos temas que trataremos con extremo cuidado. Con espíritu abierto. Pero yo pienso *exactamente* lo que pensaba en los setenta. La violencia *solo* si es *parte* de un gran movimiento popular. Sola, aislada, sin amarras con las masas (*Repito: sin amarras con las masas*), *no, nunca. Así, sólo sirve a los propósitos de la derecha violenta, justifica su contraataque que toma como blanco a los perejiles porque los heroicos milicianos están en la clandestinidad y las conducciones fuera del país.* Y si quieren odiarme, háganlo. Pero no voy a cambiar este punto de vista. Todos los desaparecidos son mis compañeros. También los que eligieron los fierros: no debieron morir así, como bestias, torturados, humillados, empalados, masacrados, arrojados vivos de los aviones. Pero no compartí ni comparto la modalidad de la lucha que llevaron a cabo. Desde el 11 de marzo, la violencia sin masas, sin bases, solitaria, con uniformes (después del 24 de marzo) y rangos militares, sólo servía a la contrainsurgencia, que, por lo demás, aniquiló a la guerrilla con relativa sencillez, y se ensañó con toda la población (del centro a la izquierda) bajo el pretexto que toda acción miliciana de los luchadores solitarios le entregaba.

Colaboración especial:
Germán Ferrari - Virginia Feinmann

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (II)

IV Domingo 6 de abril de 2008